

XXXIII

La aparición.

Don Márcos cumplió su palabra. Mauricio entró á la Academia de Bellas Artes, y desde los primeros dias dió á conocer que llegaría alguna vez á ser un gran pintor.

Sus obras se distinguían, no solamente por la exactitud con el original, sino también por ese *no sé que* que revela el genio de los artistas hasta en las copias que hacen, y que es como un baño de luz, perceptible aun para los ojos ménos ejercitados.

Sin embargo, don Márcos se hallaba muy léjos de estar satisfecho. Reconocía el mérito de las obras de Mauricio, y se complacía con cierta vanidad en mostrarlas á sus contertulianos; pero reflexionaba despues á su manera y movía la cabeza con aire de descontento, pensando que su protegido nunca haría fortuna en la carrera que había querido abrazar.

Este, por su parte, trabajaba con ahinco deseando poder, cuanto ántes, ganar algo con sus pinceles para no ser gravoso á su protector, quien no se conformaba, á pesar de su car

rística economía, con darle cuarto y plato, como vulgarmente se dice, sino que acudía á todos los gastos del artista como si fuera su propio hijo.

Mauricio se lo agradecía con toda su alma, y en la efusion de su gratitud decía que jamás se olvidaría de su protector ni se separaría de su lado.

Don Márcos, que sin haber ojeado libros, ni cursado cátedras de filosofía, tenía de sobra práctica del mundo y conocimiento de los hombres, sonreía con aire de duda al oír las protestas de Mauricio, y se refería al tiempo para saber á qué atenerse.

Los dias, y las semanas, y los meses, y los años se sucedían entretanto con esa rapidez increíble con que nos llevan de la cuna al sepulcro, y Mauricio crecía y sus necesidades eran cada vez mayores.

Llegó, como era natural, para nuestro héroe el momento que decide de toda una vida, y desde entónces comenzó á ver en su porvenir la imágen de una mujer interceptando con su sombra los rayos de luz de la gloria que hasta ese instante supremo había sido el único sueño de su vida y el solo objeto de sus afanes.

Hay algo de misterioso y de indefinible en esa dilatacion del corazon por el amor y para el amor. Parece que se nace á otra vida; que el sol alumbra mejor; que el aire es mas puro, el cielo mas azul y las flores mas bellas y fragantes. Se encuentra uno pequeño y ruin enmedio de esa atmósfera de encantos sobre la cual domina como un genio de la belleza y de la poesia la imágen de una mujer.

Aunque regularmente el objeto de nuestros primeros amores no merece en el momento que nos los inspira el nombre de mujer; es un embrión de mujer, una polla cenceña y vivaracha que salta la cuerda ó corre tras de las mariposas en la Alameda, con las medias caídas, las pantorrillas al aire, sueltas las trenzas y el pañuelo desprendido, y que se cuida ménos de la

pasion que nos inspira que de la liga que dejó caer en su carrera, y que nosotros habriamos recogido con respeto y guardado con veneracion.

Y sin embargo, ese ser petulante é insustancial que está en la edad en que los fisiologistas no le consideran hombre ni mujer, produce, con aparecerse solamente en el camino que seguimos, una revolucion completa en nuestra alma. Nuestro pensamiento le diviniza, nuestra imaginacion nos le representa con todas las gracias de la mujer, todas las virtudes de la vírgen, toda la belleza de los ángeles, porque para nosotros es mas que mujer, mas que vírgen, mas que ángel; es el amor primero con su séquito de encantos é ilusiones.

Nosotros somos tambien unos niños; salimos de la escuela ó del colegio, con nuestros libros debajo del brazo, y olvidamos el análisis gramatical ó la leccion de historia sagrada, ó la cátedra de primer año, por ir á gozar con la contemplacion de nuestra amada, que si llega á advertir nuestra asiduidad y á conocer nuestras pretensiones, se conforma con encojer los hombros y llamarnos *mocosos*, si no es que nos enseña la lengua desde el balcon de su casa, ó nos arroja á la cara un puñado de tierra ó de yerbas en la Alameda, segun lo bien ó mal aprovechada que esté en materia de urbanidad y cortesía.

Y no se crea que su conducta es hija de su mal corazon. No ama todavia, ni ha tenido tiempo de amar sino á sus muñecas, y no encuentra aun una amiga que la anime á emprender el camino de la coqueteria y de las intrigas amorosas. En su casa oye solamente las paternales admoniciones que la enseñan á desconfiar de la juventud y á preferir, cuando llegue el caso de abrazar la cruz del matrimonio, un hombre formal y acomodado á un pisaverde de poco peso y sin sustancia, mucho mas si éste no cuenta, como por lo regular sucede, con bienes de fortuna.

Mauricio encontraba diariamente, al dirigirse á la Academia por la mañana, una pareja que le llamaba extraordinariamente la atencion.

Eran un hombre de regular edad, de aspecto sério y adusto, y una niña como de once años, que del brazo del que parecia ser su padre, con una bolsa de libros en la mano, un gracioso gorrito en la cabeza, en cuerpo y con un delantal negro de tirantes sobre un traje claro de musolina, iba siempre en animada charla y parecia dirigirse á la amiga.

El talle de la niña era esbelto; sus piés, que dejaba ver el traje alto que llevaba, eran diminutos y bien hechos. Sus facciones, menudas y graciosas animadas por unos ojos negros de mirar dulcísimo, y su modesto y sencillo aspecto, llamaron desde el primer dia la atencion de Mauricio, que desde entonces se sentia contrariado cuando no encontraba á la interesante pareja en su camino.

Nuestro héroe progresaba en la pintura; hacia estudios del natural, y tenia una imaginacion tan viva, y una vista tan buena, que habia hecho sorprendentes y casi perfectos retratos de personas á quienes solamente de paso habia visto alguna vez.

Le ocurrió la idea de retratar al padre y á la hija y se explicaba á sí mismo el disgusto que le causaba no encontrarlos, diciéndose que no podia estudiar, aunque fuera superficialmente, las figuras del cuadro á que sin saberlo ellos servian de modelo.

La verdad era que el cuadro adelantaba, y que Mauricio estudiaba en su propio corazon la fisonomía de la niña, en la que el mas escrupuloso maestro nada habria tenido que observar teniendo al frente el original.

La figura del padre estaba ménos acabada.

Mauricio y la misteriosa niña continuaban encontrándose casi diariamente. El la miraba de un modo apasionado; ella se

fijó un día en la cicatriz que el artista ostentaba en la frente, y que no acertaba á cubrir por completo el sombrero, y como se encontraban con tanta frecuencia, continuó mirándole algunas veces, pero maquinalmente, sin pensar en lo que hacía, y no volviendo á acordarse del mancebo hasta la mañana siguiente, que le encontraba de nuevo.

Por lo poco que nuestros lectores conocen del carácter de don Márcos y de sus opiniones económicas, se figurarán sin duda que nuestro pobre enamorado, aunque no careciendo de lo preciso, no estaba hecho un dandy que digamos. Su protector vestía diariamente chaqueta de dril, y solamente los domingos que le tocaba salir á paseo y los días grandes en que como amo de la casa dejaba el mostrador á la hora que le parecía, gastaba chaqueta de paño y sacaba de un ropero el domingoero fieltro. Así es que mucho había hecho con dar á Mauricio para el diario trages como los que él mismo usaba los días que repicaban recio, y tenerle así, decía, hecho un señor.

Mauricio estaba conforme con su suerte y agradecía en el alma á don Márcos lo que hacía por él. Entregado completamente al estudio del arte para el que se sentía inspirado, no había reparado en que su traje no era elegante, y se hallaba contento con él. Pero la primera vez que la niña desconocida le dirigió una mirada, el pobre artista pensó con tristeza en que habría producido mejor efecto en el ánimo de la que amaba si vistiera levita; chaqueta con anqueras como con desprecio llamaba á semejante prenda don Márcos en su ruda franqueza.

Cuando volvió á la tienda del señor Olavarría, este notó que estaba triste.

Mauricio, tan atento de ordinario con su protector, apenas contestaba á sus preguntas.

—Pero ¿qué tienes, muchacho—le dijo don Márcos—te han echado á perder tu copia de la Magdalena?

—Nó, señor.

—Pues por qué estás tan mústio, hombre?

—Se equivoca usted, señor, estoy como todos los días.

Don Márcos se puso á su vez de mal humor, y no insistió en sus preguntas.

Mauricio soñó toda la noche con la niña que le impresionaba y con una levita.

Puerilidades son estas que apenas pueden comprenderse y que dan una idea de la miserable condicion humana. Mauricio artista, apasionado, de figura esbelta y simpática pensaba, que necesitaba una levita para ser amado, y confundía en sus sueños el corte de una prenda de ropa con la imágen de la mujer amada.